

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 31 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2247

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS DESTACADAS.—MADRID

UNA MADRE

ENRIQUE PÉREZ ESCOBAR

I. Ensayo literario

Ensayo de la obra entera

MADRID

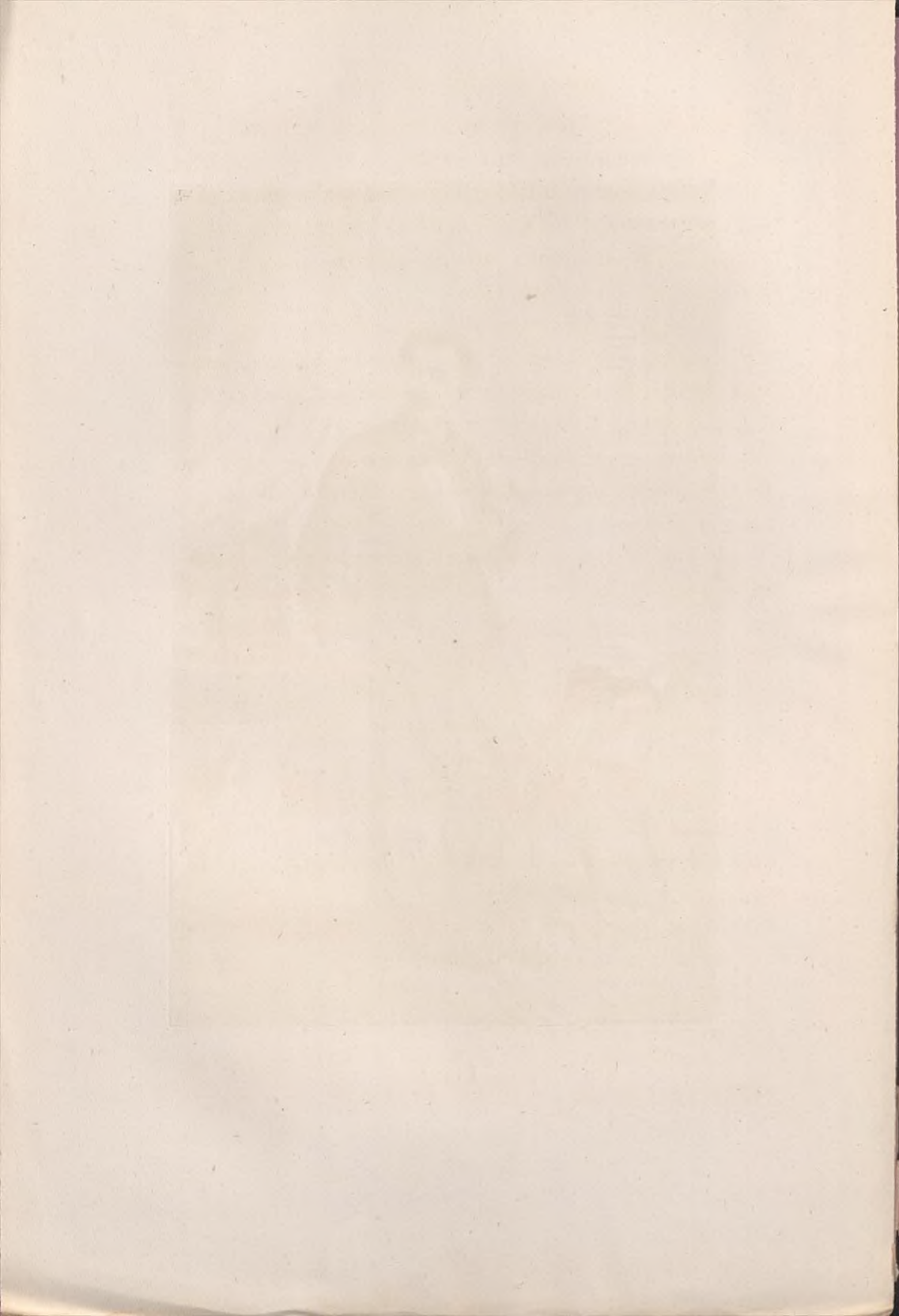
JOSE ASTOR Y GONZÁLEZ EDITORES

Calle de San Ildefonso, número 14

1903



Ernesto



Daniel permaneció sereno, tranquilo y digno.

Se había revestido de antemano de toda la energía, de toda la fuerza de voluntad que aquella entrevista reclamaba, y además poseía armas poderosas para hacer en último resultado, que se doblara ante él la orgullosa frente de la marquesa.

—Acabo de recibir una tarjeta, en la que me pide usted algunos minutos de audiencia. Usted dirá, pues, caballero, qué es lo que de mí desea; pero le ruego me haga el obsequio de tomar asiento.

Daniel ocupó una silla á una distancia respetuosa de la marquesa, y despues de una ligera pausa, habló de esta manera:

—Vuelvo á suplicar á usted, señora, me dispense el atrevimiento de venir á molestarla en su retiro. La entrevista que he solicitado, y que usted con tanta bondad me concede, la creo indispensable para asegurar, como yo deseo, el porvenir de Clotilde.

—Mi hija, caballero, no necesita para asegurar su porvenir más que de su madre.

Y doña Beatriz, al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada tan dura como severa á Daniel, que necesitó de todas sus fuerzas de voluntad para contenerse.

—Pido perdon á la señora marquesa,—dijo,—si la he ofendido con mis palabras; no ha sido ese mi ánimo.

—Puede usted continuar.

—Sabe usted, señora, que yo, pobre huérfano, sin bienes de fortuna y sin conocer el nombre de mi pa-

dre, tuve el atrevimiento de alzar desde mi pobreza los ojos para fijarlos en la rica heredera de los marqueses del Rádio. Multitud de circunstancias, que no recordaré por no causar á usted con ello una molestia, vinieron á favorecer mis absurdas pretensiones, y llegó un momento en que creí que iban á realizarse todos mis queridos sueños; pero afortunadamente la Providencia, siempre protectora de las almas puras, vino con su auxilio á evitar una gran desgracia, y precisamente la misma noche en que yo, loco de alegría, iba á dar á Clotilde el nombre de esposa, supe que era su hermano. Esta revelacion produjo en mí un efecto que no me seria posible describir; pero estrechando á mi querida hermana contra mi pecho y con los ojos llenos de lágrimas, bendije á Dios por habernos librado de un gran crimen.

Daniel se detuvo.

La marquesa le escuchaba inmóvil, silenciosa. Parecia una estatua de mármol.

Daniel, despues de una ligera pausa, y viendo que doña Beatriz no le dirigia la palabra, continuó de este modo:

—Usted sabe, señora, que Clotilde y yo estuvimos próximos á cometer, siendo inocentes, un crimen repugnante, que hubiera emponzoñado nuestras almas, envenenado nuestros corazones, haciéndonos arrastrar una existencia vergonzosa y desesperada. Sin embargo, nosotros éramos inocentes: toda la culpa, toda la vergüenza hubiera caido sobre aquellos que, conociendo el secreto de mi nacimiento, habian sido bastante infa-

mes para guardar un silencio causa de nuestra desgracia.

—Jóven, ¿ha venido usted á esta casa á reprenderme?

—¡Ah, señora! ¡si usted me conociera!... ¡si usted pudiera leer en el fondo de mi alma, veria las nobles intenciones que me conducen á esta casa; el móvil generoso que agita mi pecho, el deseo del bien que conmueve mi espíritu! Yo le ruego, por lo tanto, que me escuche con tranquilidad y me perdone si me veo precisado á evocar recuerdos dolorosos. No vengo aquí á reclamar mis derechos y con la tea de la discordia en la mano; vengo con la rama de olivo, símbolo de la paz.

—Está bien; puesto que usted lo desea y lo pide con humilde entonacion, escucharé resignada todo cuanto quiera decirme.

—Doy á usted las gracias, señora marquesa, por su bondad para conmigo, y continúo. Mi buena y santa madre escribió en los últimos días de su vida una sencilla y sentida relacion de su vida, la cual debia entregármese despues de su muerte, en el caso de que el general Lostan desatendiera la última súplica que en una carta le dirigia, pidiéndole para mí un poco de proteccion. Usted no ignora que el general, con una crueldad inaudita, increible, me arrojó de su casa, ahogando la voz de la naturaleza y desoyendo las súplicas de la pobre mártir que todo lo habia sacrificado por él.

—Sí, sí, nada de eso ignoro; pero no olvide usted que yo no soy responsable de la conducta del general.

Daniel fijó una mirada melancólicamente expresiva en la marquesa, y añadió:

—He leído con detención muchas veces el manuscrito de mi madre, las memorias de aquella mujer generosa que ya no existe, y de quien tanto abusaron los mismos que debieran compadecerla y respetarla. Yo no vengo á acusar á usted, señora marquesa; pero bueno es que no olvide usted que Angela sacrificó su honra por salvar la de la marquesa del Rádio, y que las almas generosas no deben olvidar nunca, ni los sacrificios que por ellas hicieron, ni los favores que reciben. Si mi madre hubiera querido arrancar la careta con que encubría su crimen el general Lostan, la sociedad le hubiera escupido al rostro su desprecio, y este desprecio indudablemente hubiera manchado la honra de otros seres inocentes.

La marquesa se conmovió. Había en la entonación de Daniel tal dignidad, tanta nobleza, que comenzaba á dominar el orgullo de aquella mujer.

Daniel continuó de este modo:

—Ya he dicho á usted, señora, que á fuerza de leer el manuscrito de mi madre, lo he aprendido de memoria, y para darle á usted una prueba de ello, voy á recitarle una carta que una mañana recibió la pobre Angela en el solitario albergue en que vivía, sin más consuelo que sus lágrimas y los besos de su hijo.

Un carruaje se detuvo á la puerta de nuestra casa; de este carruaje bajó un hombre portador de la carta que entregó á mi madre, y decía así:

«Angela: Acaba de suceder una gran desgracia. El

conde de la Fe está gravemente herido. Ha tenido un lance de esos que los hombres llaman de honor con el general Lostan.

»El conde vive solo, sin familia, rodeado solamente de sus criados, y yo temo que por efecto de la calentura ó la desesperacion revele el fatal secreto que á todos nos ha hecho tan desgraciados.

»Es preciso, pues, que abandone usted su modesto retiro, su tranquilo hogar; que venga á Madrid, é instalándose como enfermera junto al lecho del conde, evite que este cometa una imprudencia que puede destrozar la honra del general.

»Angela, usted es buena, usted es una santa; salve usted al padre de su hijo, y cuente con el eterno reconocimiento de

LA MARQUESA DEL RÁDIO.»

Doña Beatriz, se llevó una mano á la frente como si sintiera algun desvanecimiento.

CAPÍTULO III

Amor fraternal

Daniel contempló en silencio un breve instante la turbacion de aquella mujer, y luego repuso de este modo:

—La pobre Angela, al terminar la lectura de aquella carta, en la cual se la pedian nuevas pruebas de abnegacion y de humildad, dió un beso en la frente á su hijo, que dormia en su cama, y abandonó el pueblo para salvar al hombre que tanto daño le habia hecho. Los deseos del general Lostan y la marquesa del Rádio, quedaron satisfechos. Angela permaneció cerca de un mes junto al herido, sirviéndole de enfermera. El secreto permaneció oculto, porque Angela supo arrancarle al conde de la Fe un juramento solemne, y entonces, siempre delicada, siempre noble, como si temiera humillar con su presencia á los mismos que habian despedazado

su corazón, escribió esta carta, que usted no debe haber olvidado, señora:

«Parto dentro de algunos instantes,—decía Angela,—á reunirme con mi querido hijo, del que he estado separada, á pesar mio, cuarenta dias; cuarenta dias, que me han parecido un siglo, una eternidad.

»Yo no tengo sobre la tierra otro consuelo que sus caricias, y al verme privada de ellas durante tanto tiempo, muchas veces he sentido un gran desconsuelo dentro del pecho, como si me arrancaran las fibras más sensibles del corazón.

»Parto, pues, llena de alegría, porque voy á reunirme con Daniel, con el alma de mi alma.

»El conde se halla completamente restablecido, y me ha dado su palabra de honor, á la que no faltará por nadie ni por nada, de que no revelará, mientras yo exista, nuestro secreto.

»Viva usted, pues, tranquila, señora; pero le ruego que no olvide que ha de llegar un dia en que Daniel sea hombre y me pregunte por su padre.

Yo entonces me veré en un apurado trance, del cual sólo la prudencia y el cariño maternal podrán sacarme, revelando la verdad.

»Soy de usted, como siempre, su atenta y segura servidora,

ANGELA.»

Estos recuerdos despedazaban el corazón de la marquesa, porque le arrojaban al rostro su ingratitud.

La pobre Angela se habia sacrificado por ella, y

ella no había tenido ni una sonrisa, ni una palabra de cariño para su hijo.

—¡Ah! ¡si Clotilde no se hubiese levantado en medio de aquella familia como el ángel del perdón y de la clemencia, qué horriblemente hubiera podido vengarse Daniel!

—Mi buena madre,—añadió el huérfano,—creía que todos sus sacrificios serían recompensados en favor de su hijo. Era la pobre tan confiada y tan sencilla de corazón, que hasta en la última hora de su vida abrigó esa esperanza en el fondo de su alma. Escritas ya sus memorias, que debían en el último caso revelarme toda la verdad, aún confiaba que su esposo, dejándose guiar por la voz de la naturaleza, abriría los brazos para recibir en ellos á su hijo. ¡Pobre mártir! ¡cuán poco conocía el corazón humano y la perversidad de los hombres! Por eso sin duda, con mano temblorosa, escribió esta carta, que yo llevo grabada en mi memoria, y que es preciso que usted conozca, señora marquesa, para que comprenda la grandeza de mi abnegación y el inmenso amor que siento por Clotilde. La carta que nos ocupa, escrita á las puertas del sepulcro y dirigida al general Lostan, decía así. Oígala usted bien:

«Pedro, esposo mío: Te he cumplido la palabra, y tu secreto baja conmigo á la tumba, que miro abierta á mis piés, y de cuyo fondo se levanta la muerte, tendiéndome los brazos.

»Voy á morir, y aprovecho los pocos instantes de vida que me quedan para escribirte, recomendándote á mi hijo, á mi querido Daniel, que tantas y tantas ve-

ces me ha preguntado por tí, mientras que yo, ocultándole tu nombre, sentia romperse en pedazos mi corazón.

»En estos instantes en que mi mano tiembla desfallecida y mi espíritu se reconcentra pensando en la eternidad, yo no tengo más que ideas de perdon en el alma, porque perdon necesito tambien para mis culpas, de las que muy en breve me pedirá cuenta el Juez Supremo.

»Mucho siento exhalar el último suspiro sin verte á mi lado, sin poder decirte que muero amándote como siempre, y recomendarte de palabra nuestro hijo.

»Pero imposible que tú no le abras tus brazos, que no le estreches contra tu pecho, dándole el dulce nombre de hijo y asegurando su porvenir.

»Porque tú, Pedro mio, eres bueno, y sólo la fatalidad se ha interpuesto entre los dos para hacernos desgraciados.

»¡Bendita seas una y mil veces, muerte querida! ¡porque tú, al separar el espíritu del frágil barro que le contiene, rompes unos lazos que eran causa de que un padre y un hijo vivieran separados!

»¿Qué temor puede sobrecogerte cuando yo no existo? Ninguno. Daniel es bueno, muy bueno, y confio que con el tiempo te ame tanto como amó á su madre.

»¡Pedro! ¡Pedro de mi alma! salva á nuestro hijo; hé aquí lo único que te pide una pobre mujer moribunda, que te bendice al exhalar el último aliento,

ANGELA.»

aquel día en que exclamó usted llena de gozo: «¡soy madre!»

—¡Pero usted me impone un sacrificio tal vez superior á mis fuerzas!

—Nunca ha existido un sacrificio superior á las fuerzas de una madre, cuando se trata de la felicidad de su hija. Medite usted, señora marquesa, el que yo me impongo, y esto le dará fuerzas para llevar á cabo el suyo.

—¡Ah, Daniel! ¡es usted un jóven generoso,—exclamó la marquesa sin poder contener las lágrimas, que bien á pesar suyo asomaban á sus ojos.—Lleva usted en las venas la noble sangre de la infortunada Angela, y sus palabras resuenan en mi corazón endulzando mi amargura.

Daniel se levantó.

—¿Va usted á abandonarme tan pronto?—le preguntó la marquesa con una entonación impropia de su carácter.

—Pienso salir de Madrid antes de que regresen Clotilde y el general, y yo creo, señora, que usted ha comprendido mis intenciones y que tendrá valor para llevar á cabo mis deseos y mi pensamiento; y no en son de amenazas, sino de consejo, diré á usted antes de que nos separemos para siempre, que yo sólo faltaré á mi promesa, sólo reclamaré mis derechos, sin que me detenga la vergüenza que puede caer sobre el general y sobre la marquesa del Rádío, si llego á saber que Clotilde no es feliz porque continúa la guerra en el seno de su hogar. No lo olvide usted, señora: nada hay tan bello

como el perdon; sea usted bastante grande para perdonar al padre, aunque no sea más que por amor á la hija.

Y Daniel, saludando respetuosamente, salió de la habitacion.

—¡Ah! ¡la nobleza de ese jóven me ha humillado! ¡Tendré yo bastante valor para arrancar el orgullo de mi corazon y sacrificarlo todo por mi hija?

Y la marquesa, dejando caer la frente entre las manos, se quedó inmóvil.

CAPÍTULO IV

Desprendimiento

De repente la marquesa se levantó del sofá, como obedeciendo á un pensamiento superior á su voluntad, y llevándose una mano al pecho, exclamó, derramando al mismo tiempo abundantes lágrimas:

—¡Fuera de aquí, despótico orgullo!... ¡Sal de mi corazón, soberbia maldita!... Es preciso ante todo ser madre, y demostrar á ese jóven generoso, que aún hay nobleza en el alma de la marquesa del Rádío.

Y corriendo hácia el balcon, lo abrió precipitadamente, y dirigió una mirada afanosa hácia el jardin.

Daniel se dirigia, con la frente inclinada sobre el pecho, en busca de su carruaje.

Doña Beatriz le llamó. El jóven se detuvo, levantó la frente, y miró hácia el balcon.

—¡Daniel!!... ruego á usted, que me haga el favor de subir.

Daniel retrocedió lo andado, y algunos minutos

despues se hallaba de nuevo en la habitacion de doña Beatriz.

La marquesa le salió al encuentro, y cogiéndole una mano cariñosamente, le condujo hasta un sofá, hizo que se sentara, y ocupó ella un sitio á su lado.

—Hijo mio,—le dijo la marquesa,—las palabras de usted han levantado dulces ecos en mi alma. He sentido dentro de mi sér afectos desconocidos, gratas emociones, que hace muchos años se hallaban adormecidas en mi corazon. ¿Y para qué negarlo? sintiéndome humillada por su generosidad, he corrido al balcon, le he llamado, para suplicarle que no me abandone tan pronto, porque seria en mí una ingratitud, que ya que usted piensa en mi hija, no me ocupara yo del hijo de Angela.

—Bien sabe Dios, señora, que sólo ambiciono la felicidad de mi hermana, y eso no se realizará nunca mientras su madre permanezca en este solitario retiro. Es preciso, pues, que cuando ella regrese de Suiza encuentre en Madrid á su madre. Hé aquí todo el favor que yo espero de la marquesa del Rádio.

—¿Y nada más, Daniel?—preguntó doña Beatriz, fijando en el jóven una mirada.

—Nada más, señora.

—Usted acaba de afeár mi orgullo, aunque empleando palabras comedidas y respetuosas; no me ponga usted á mí en el caso de hacer lo mismo.

—Jamás he conocido el orgullo, señora; en el modesto hogar donde trascurrió mi infancia, no ha existido nunca.

—Sin embargo, usted es pobre.

—Estoy acostumbrado á la pobreza.

—Aunque así sea, usted no tiene rentas para sufragar las necesidades de la vida, y creo que debe aceptar, sin que se crea ofendido, una pension de su padre.

—Nada necesito, señora,—contestó Daniel, comprendiendo por qué le habia llamado la marquesa.—Poseo una casa y una pequeña huerta en el pueblo de Horche; con eso tengo lo suficiente, hasta el dia que Dios me indique el camino que debo seguir.

—¿Pero cree usted, Daniel, que su hermana Clotilde, que el general, que yo, hemos de consentir vivir en la opulencia, mientras usted?...

Daniel se sonrió tristemente, y contestó:

—No puedo aceptar nada, señora. Si el general Lostan, si mi hermana, si usted se empeñasen en señalarme una renta, me creeria ofendido, porque no es una renta, sino un sacrificio el que me impongo. Aceptar una cantidad por mi silencio, seria para mí vergonzoso. Ruego á usted que no hablemos más de este asunto.

Y Daniel, levantándose, añadió:

—Pido permiso á la señora marquesa para retirarme, y vuelvo á suplicarle que se traslade lo más pronto que le sea posible á Madrid.

Doña Beatriz comprendió que no era aquel el momento más oportuno para insistir en su pensamiento, y estrechando una de las manos del jóven, repuso:

—No insisto; parta usted, Daniel, y pues que así lo quiere, vaya á ocultarse lejos de nosotros en su mo-

desto hogar, que allí llegarán nuestras bendiciones y nuestro agradecimiento. Mañana me trasladaré á Madrid, donde esperaré á mi hija y á mi esposo. ¡Que Dios nos ilumine á todos!

Daniel saludó respetuosamente, y salió de la habitación.

Al llegar á la puerta del jardín, donde le esperaba su carruaje, vió venir por el camino de Madrid en direccion á la quinta de la marquesa un elegante cabriolé.

Daniel subió en su vieja berlina precipitadamente, temeroso sin duda de que le vieran.

El cabriolé se detuvo delante de la puerta de hierro, y Daniel reconoció en el elegante jóven que le guiaba al baron de Labra, á su rival, al hombre con quien se habia batido por Clotilde.

—¿A qué vendrá el baron á la quinta de la marquesa?—se preguntó maquinalmente Daniel.

Y luego, haciendo un movimiento característico de hombros, añadió:

—¿Qué me importa á mí?

Dejemos á Daniel caminando hacia Madrid, y sigámonos al baron de Labra, que entregando las riendas de su caballo á su lacayo, saltó con ligereza desde el carruaje al suelo, y entró en el jardín con su natural desembarazó, tarareando un aire de la *Sonámbula*.

Ernesto se hallaba completamente transformado.

El elegante más exigente no hubiera tenido motivo para afearle un detalle de mal gusto en todo su traje.

Por otra parte, el baron era un hombre de fac-

ciones distinguidas, de fisonomía simpática, de carácter franco y despejado, si bien la crápula y la orgía habian hecho asomar á su frente alguna arruga prematura, anunciando una vejez anticipada.

Ernesto cruzó el jardín, y llegó á la puerta de la quinta. Allí un criado le interceptó el paso.

—¿La señora marquesa del Rádio?—preguntó Ernesto.

—No sé si recibe, caballero.

—Supongo que sí. Tenga usted la bondad de entregarle esta tarjeta.

Y Ernesto, volviendo la espalda al criado, se puso á contemplar unas hermosas plantas de rododendros, que colocadas en preciosas macetas de porcelana, se hallaban á derecha é izquierda del portal.

Trascurrieron unos ocho minutos.

Ernesto no demostraba la menor impaciencia. Sabia que una señora que vive en el campo, no siempre se halla convenientemente vestida para recibir á un amigo.

Por fin, vió bajar por la escalera á la antigua y entutada ama de gobierno de la casa.

Doña Mercedes se acercó al baron, saludándole, y le dijo:

—Caballero, la señora marquesa me envia para suplicarle á usted la dispense si no puede recibirle. Se halla un tanto indispueta...

—Lo siento en el alma, señora, y yo me atreveria á suplicarle á usted, aun pasando á sus ojos por importuno, volviera á decirle á la marquesa de mi parte, que dejando toda etiqueta, me conceda algunos minutos de

audiencia, pues deseo hablar con ella de un asunto de la mayor importancia.

—Pasaré el recado, aunque mucho temo que la señora marquesa no pueda complacer á usted en esta ocasion.

Doña Mercedes volvió á subir la escalera, y Ernesto se quedó dando paseos por el portal.

Esta vez trascurrieron quince minutos, lo cual indicó á Ernesto que su segunda súplica habia sido atendida.

Y efectivamente, volvió de nuevo á aparecer doña Mercedes, diciendo:

—La señora marquesa accede á la súplica de usted. Puede usted seguirme, caballero.

Ernesto saludó respetuosamente á doña Mercedes, y comenzó á subir la escalera.

Al llegar á la puerta del gabinete donde se encontraba doña Beatriz, dijo doña Mercedes en voz alta, levantando el portier:

—¡El señor baron de Labra!

Ernesto entró en el gabinete.

La marquesa, sentada en un sofá, vestida de luto, pálida y con los ojos enrojecidos por el llanto, recibió á Ernesto, saludándole con un ligero movimiento de cabeza.

—Ruego á usted que me perdone, señora marquesa,—dijo el baron inclinándose,—si terco como un aragonés, he suplicado de nuevo para que me conceda usted esta entrevista. Pero yo procuraré molestar á usted lo ménos posible, porque la palidez de su rostro me

demuestra que no goza usted desgraciadamente de una salud muy perfecta.

—Hace algunos años que padezco terribles dolores de cabeza. Hoy es uno de esos días en que me siento atacada de mi enfermedad; pero no importa, tome usted asiento, pues no es justo que cuando un amigo viene de Madrid á vernos á este destierro, se le cierre la puerta.

—Gracias, señora,—contestó Ernesto, sentándose en una silla junto al sofá.—No puede usted pensarse lo que le agradezco su condescendencia para conmigo; y yo hubiera sentido con toda mi alma prolongar un día más esta entrevista, porque del resultado de ella depende tal vez la felicidad de toda mi vida.

Ernesto era un buen cómico, y sabia darle una expresion á su semblante en armonía con sus palabras.

—La marquesa le escucha á usted con el mayor interés.

—Ante todo, comenzaré por decir á usted, señora, que yo no vengo á santificarme á los ojos de usted. Como todos los jóvenes que se han encontrado en mis circunstancias, he cometido algunas locuras propias de la edad, que me han valido la reputacion, no sé si justa, de calavera; pero el tiempo pasa, se llega á la edad de treinta años, la espuma del cerebro se desvanece, se templan las pasiones del corazon, y comienza el hombre á arrepentirse de todas las locuras que ha cometido durante su vida.

Y Ernesto sonriéndose, añadió:

—Ruego á usted, señora marquesa, me dispense

esta introduccion, pues como he dicho antes, vengo á hablar de un asunto de la mayor importancia para mí, y bueno es que usted sepa que si he sido calavera, que si mi conducta durante el espacio de ocho años no ha sido la más santa, hoy me encuentro arrepentido y dispuesto firmemente á cambiar de vida.

—Permita usted que le diga, señor baron, que yo no comprendo...

—Confiado en su excesiva bondad, iré explicándome, y usted concluirá por comprenderme.

La marquesa hizo un signo de aprobacion con la cabeza, y Ernesto repuso de este modo:

—Al morir mis padres me dejaron una fortuna decente, que bien administrada, hubiera bastado para vivir con lujo, asegurando el porvenir de mis hijos, en el caso que yo los hubiera tenido. Pero yo, señora marquesa, quedé huérfano á los diez y ocho años, sin experiencia alguna del mundo; comencé á gastar alegremente mi dinero, y entre malos amigos y peores administradores, cuando quise recordarlo, mi fortuna se hallaba en un estado lastimoso. Esto sucede generalmente á muchos jóvenes, para quienes llega siempre tarde la hora del arrepentimiento.

La marquesa escuchaba á Ernesto sin interrumpirle, y debemos decir que esta señora, casi siempre viviendo retirada de la sociedad, ignoraba muchas particularidades de la vida del baron de Labra, que era uno de los jóvenes más pervertidos de Madrid.

Entre los jóvenes de la aristocracia, entre esa familia feliz que no conoce el valor de un duro, porque

no lo ha ganado nunca, sucede con frecuencia que se arruinan casi sin darse cuenta de ello.

Esto no podia causar ninguna admiracion á la marquesa.

Un casamiento ventajoso remedia muchas veces el lastimoso estado de la fortuna de un aristócrata; pero estos casamientos, que proporciona el lujo y la ostentacion, generalmente no dan nunca la felicidad; es un contrato que se reduce á estas dos cláusulas: yo te doy mi nombre; tú me das tu dinero.

La marquesa sabia perfectamente todo esto, y por lo mismo no le extrañaba nada de cuanto habia dicho el baron.

—Usted recordará, señora,—añadió Ernesto,—que en un tiempo, no muy lejano, fijé los ojos en su encantadora hija de usted, Clotilde.

Aquí la conversacion comenzaba á tener más interés para la marquesa.

—La imprudencia de un jóven, cuyo nombre no recuerdo, fué causa de un pequeño escándalo, que concluyó con un lance desagradable. Nos batimos, fuí más diestro que él, y le suministre una estocada, bien á pesar mio. Este desafío me hizo reflexionar sobre lo absurdo de mis pretensiones. Clotilde era rica, hermosa, hija de una de las mujeres más distinguidas de la aristocracia, y yo me hallaba arruinado. La maledicencia, pues, tenia sobrada razon para decir que no era el amor, sino el interés, el que guiaba mi corazon. Así pensé entonces, desistiendo de mi empeño, aunque amando siempre con toda mi alma á Clotilde. Ha trascurrido

algun tiempo; he encerrado mi amor en el fondo de mi pecho, y hoy que mi posición ha cambiado notablemente, recordando aquel refrán que dice, *que por la peana se adora al santo*, antes de dirigir una mirada ni una palabra á Clotilde, vengo á ver á usted, señora marquesa, para pedirle su aprobacion y su proteccion, porque yo amo á Clotilde.

Doña Beatriz fijó una mirada fria é investigadora en el rostro de Ernesto, diciendo con gran calma:

—Segun lo que he podido deducir de sus palabras, viene usted á pedirme la mano de Clotilde.

—Sí, señora marquesa; pero aún no he concluido, pues tengo una advertencia importante que hacer.

—Le escucho á usted.

—Las circunstancias; como he dicho antes; han sido para mí tan favorables, que, reanimando en mi corazón el amor que profesó á Clotilde, han venido á depositar una esperanza en el fondo de mi alma. Yo estaba arruinado, y hubiera sido un rasgo de egoismo y de avaricia pretender la mano de la hija de los marqueses del Ráido, única heredera de sus cuantiosos bienes. Comprendí que este enlace era tan desigual y tan ventajoso para mí, que sólo un demente hubiera abrigado la esperanza de realizarle. Acallé, pues, la voz de mi pasión, creyéndola un imposible. Pero hé aquí, señora, que de repente, y cuando ménos lo esperaba, recibo una carta que me participa la llegada á Madrid de un tío, hermano de mi padre, que vuelve de California con una fortuna de ciento treinta millones, y que no tiene en el mundo más heredero que yo. Corro loco de ale-

gría á su encuentro; me estrecha cariñosamente entre sus brazos; me llama su hijo; me nombra su heredero, y con la rapidez con que se cambia en el teatro una decoracion de mágia, me encuentro hecho un millonario. Esta metamorfosis me hace concebir de nuevo la esperanza de que aún puedo aspirar á la mano de Clotilde. Pero antes de dirigirle á ella ni una sola palabra, antes de que mi tío se presente á pedir su mano, como es costumbre, yo vengo á ver á la marquesa del Rádio, para suplicarla me acoja bajo su amparo y me preste su poderoso apoyo. Si usted, señora, rechaza mis aspiraciones, yo desistiré de mi empresa, porque prefiero á la felicidad de mi alma, al deseo constante de mi corazón, el consentimiento voluntario de usted.

La marquesa del Rádio estaba muy lejos de esperar que el baron de Labra le pidiera la mano de su hija. Le halagaba, sin embargo, el delicado paso que acababa de dar el pretendiente; pero las circunstancias especiales en que se encontraba su familia no le permitian resolver por ella misma.

—Todo lo que usted acaba de decirme, tiene un fondo de delicadeza que le honra; pero yo, señor baron, nada puedo resolver hasta que mi esposo y mi hijo regresen de Suiza, en donde se hallan en la actualidad.

—¡Ah, señora! usted lo puede todo, y mi victoria seria completa si pudiera contarla por aliada.

—No olvide usted, señor baron, que serviria de poco mi influencia si Clotilde no le amase á usted.

—Ofrézcame usted ser mi protectora, y yo le juro que haré méritos para que Clotilde me ame.

—Pues bien; haga usted esos méritos, y demos tiempo al tiempo.

Ernesto exhaló un grito de gozo, y cogiendo una de las manos de la marquesa, la besó respetuosamente.

CAPÍTULO V

La caída de Silvia

CAPÍTULO V

La carta de Suiza

Blanca de Monforte pasaba los días ocupada en las labores domésticas, y las noches pensando en su ideal, porque después de su madre, en aquella lejana tierra se hallaba todo lo que más quería.

Niña inocente, pura y enamorada, entregábase con frecuencia en las horas de dulce soledad á ese poético freno de las jóvenes, que deposita sus besos en el corazón, haciéndoles olvidar la prosa de la vida.

El día que nos ocupa, precisamente el mismo que Daniel fué á visitar á la marquesa del Rádío, Blanca se hallaba sola, cosiendo junto á la ventana de su gabinete.

Doña Amparo, su madre, había salido á compras, y Blanca podía contar con dos ó tres horas de dulce meditación, sin que nadie la interrumpiera.

Antes de partir su hermano Julio, le había dicho:
—Como yo espero que me escribas con frecuencia,

quiero que me compres un libro de viajes que hable de Francia, Suiza é Italia; de este modo, yo iré siguiendo tus pasos desde mi gabinete.

Julio le compró á su hermana una traduccion de viajes ilustrados, *La vuelta al mundo*, y de este modo Blanca podia tener al Universo sobre su mesa de noche.

Siempre que Julio le escribia, buscaba la capital ó el pueblo donde estaba fechada la carta, y con frecuencia Blanca sabia más desde su modesta habitacion de la calle de la Magdalena de los puntos que recorria su hermano, que él mismo.

Hay libros que se leen con un interés tan vivo, que absorben la imaginacion por completo, y este interés no es siempre hijo de la importancia de la obra, sino del estado de nuestro espíritu.

De modo, que lectura que haria dormir á unos, hace pasar la noche de claro en claro á otros.

Blanca, como antes hemos indicado, se hallaba sola y pensando en su hermano, en Clotilde y en Daniel, cuando oyó una voz, que desde la puerta del gabinete le decia:

—¿Da usted su permiso, señorita?

Blanca volvió la cabeza, y se encontró á la criada con una carta en la mano.

Nada tuvo que decirle; se oyó un grito y cogió la carta: el corazon le decia que era de su hermano.

Dijo á la criada que podia retirarse; se quedó sola, rompió el sobre, y se puso á leer agitada y alegre á la vez.

Nosotros vamos á cometer la indiscrecion de leerla al mismo tiempo que Blanca.

Decía así la carta:

«Hermana mia querida: Probablemente al mismo tiempo que esta carta, llegará á Madrid nuestro amigo Daniel...»

Blanca se detuvo, se llevó las manos á los ojos como si dudara de lo que acababa de leer, y despues de un segundo de vacilacion, continuó la lectura:

«En vano han sido mis ruegos para detenerle, mucho le he suplicado para que permaneciera con nosotros, y lo mismo ha hecho el doctor Samuel, sin conseguir nada.

»A mis súplicas, me ha contestado siempre: «Mi padre no me ama: soy un estorbo para la felicidad de la familia, y en particular para mi hermana Clotilde; no debo, pues, permanecer en esta casa ni un solo dia más.»

»Despues de esto ha partido, y segun me dijo, desea ocultarse del mundo, vivir en su pueblo completamente retirado de la sociedad.

»Nosotros, es decir, el doctor Samuel y yo, partiremos para esa muy en breve, tan pronto como el general se restablezca, porque así lo desea Daniel y Clotilde.

»¡Ignoro si Daniel, al pasar por Madrid, antes de dirigirse á su pueblo te hará una visita, y por si así sucediera, debo confesarte una cosa que me tiene inquieto y que no ha de sobresaltarte á tí ménos!

»Es una imprudencia que he cometido, y que espe-

ro que me perdonen. Pero como yo no tengo secretos para tí, aunque te cueste algunas lágrimas, voy á revelártela.

»Tu última carta, querida Blanca, la carta en la que hablaba tu alma con singular sencillez, sin que yo pueda explicarme cómo padecí semejante distraccion, la dejé olvidada sobre la mesa, en donde desgraciadamente la encontró Daniel, y la ha leído...»

Blanca no pudo contener un grito. Su rostro se cubrió de mortal palidez, y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Su amor, de lo que se mostraba tan avara, no era un secreto para el hombre que amaba con toda su alma, y su imprudente revelacion la sobresaltaba.

Se enjugó los ojos, y continuó la lectura despues de serenarse un poco:

«Daniel sabe que tú le amas, y no ignora que yo amo á su hermana; pero yo no tendria palabras para describirte las cariñosas y consoladoras frases que me ha dedicado para tranquilizarme.

»Entre ellas, me dijo estrechándome las manos: «Siempre nos hemos querido como dos hermanos; cuenta conmigo para todo, seré vuestro protector, é influiré para que se realicen tus deseos.»

»De tí nada me dijo, sin duda por no sobresaltarme; yo tampoco le dije nada: de modo que si, como creo, os visita, debes demostrar que ignoras que él sabe tu pasion.

»Perdona, hermana mia, esta imprudencia involuntaria, que de seguro sobresaltará tu sencillo cora-

zon, y no ames por eso ménos á tu hermano que te quiere,

JULIO.»

Despues de esta carta, Blanca leyó otra dirigida á su madre, en la que Julio le decia que esperaba muy pronto darle un abrazo; pues el general se hallaba casi restablecido, y pensaban regresar todos á España muy en breve.

Blanca guardó la carta dirigida á ella y puso la de su madre sobre la mesa, para dársela tan pronto como llegara.

Durante más de un cuarto de hora permaneció profundamente abismada, con los ojos llenos de lágrimas y fijos en el suelo.

La imprudencia de su hermano habia sido grande. Avara de su secreto, levantándole un santuario oculto y profundo en el fondo de su corazon, este secreto habia dejado de serlo, y precisamente para el hombre á quien más deseaba ocultarlo.

A Blanca sólo la tranquilizaba la idea de no ver á Daniel, y juntando las manos en ademan suplicante, levantó los ojos al cielo y murmuró en voz baja:

—¡Dios mio! ¡haz que no le vea!...

Como si esta invocacion hubiese de producir un efecto contrario, llamaron en aquel instante á la puerta.

Blanca se estremeció como si hubiera sentido sobre su cabeza una descarga eléctrica.

Sin podérselo explicar ella misma, se puso de pié y se dirigió hácia la puerta del gabinete para cerrarlo;

pero en aquel momento pensó que sería su madre, y enjugándose los ojos para no infundir inquietudes á la que la habia llevado en las entrañas y tanto le amaba, volvió á sentarse en la silla y cogió la labor.

—¡Ah!—se dijo hablando consigo misma,—si mi madre me viera llorando, querria saber la causa de mis lágrimas; yo no sabria mentir, y entonces...

Blanca se llevó la mano á la frente y sintió en ella un acerbo dolor.

—Debo tener el rostro demudado,—volvió á decirse;—será en vano el fingimiento... mi corazon late como si fuera á desaparecer dentro de mi pecho.

Blanca levantó la cabeza bruscamente.

Habia oido pasos en la puerta; era la criada, que entró con el semblante alegre.

—¿Es mi madre la que ha llamado?—preguntó Blanca con miedo.

—No, señora; estoy segura de que no es usted capaz de acertar quién está esperando en la sala.

Blanca hizo un esfuerzo para dominarse, y repuso:

—¡Quién es capaz!...

—Pues bien; es nada ménos que el amigo íntimo del señorito Julio.

—¡Daniel!—exclamó Blanca.

—El mismo en cuerpo y alma.

—¡Dios mio! ¡qué hacer!—murmuró en voz baja Blanca.

—Yo le he dicho que la señora mayor no estaba en casa; pero que si queria ver á usted, que se encontraba en su gabinete, que podia pasar.

—¿Y qué te ha contestado?

Se sentó en una silla, dejó el sombrero en otra, y me dijo:

—Pásele usted recado, y si no puede recibirme, volveré á otra hora cuando esté doña Amparo en casa. Dígale usted que por mí que no se violenta.

Y como Blanca guardaba silencio, la criada añadió:

—¿Qué le digo?

Daniel estaba acostumbrado á entrar en casa de Blanca con la franqueza de hermano. Era un amigo íntimo á quien hablaban de tú, y él daba á doña Amparo el nombre de madre y á Blanca el de hermana.

No recibirle, era infundir sospechas; esto comprendió Blanca, temiendo al mismo tiempo que su madre se ofendiese al saber que se habia tratado á Daniel con tanta frialdad.

—Dígale usted que pase; mi madre no puede tardar.

Blanca tomó esta resolución rápidamente, procuró tranquilizarse, y levantándose de su silla, se dirigió hácia la puerta para salir al encuentro de Daniel.

—¡Gracias, Daniel, gracias por las palabras de consuelo que acabas de dirigirme, pues te confieso que al verte entrar solo, temí que le hubiera sucedido alguna desgracia!

Y cambiando de conversación, añadió:
—¿Sabes que me admita tu regreso sin verte acom-

CAPÍTULO VI

Daniel se sonrió tristemente, y agitando la cabeza, dijo:

—¡Mi familia! ¿la tengo yo por ventura, Blanca?

Daniel pronunció estas palabras de un modo tan doloroso, que Blanca se quedó mirándole.

—¿Que no tienes familia!—repuso Blanca.—No es Clotilde tu hermana? ¿no es el General Loran tu

padre?
—¡Daniel!
—¡Blanca!

Estos dos nombres fueron pronunciados á un mismo tiempo.

—Pero, ¿qué es esto, Dios mío! ¿Tú aquí sin que te acompañe mi hermano?—preguntó Blanca.

—Tu hermano se ha quedado en las orillas del lago Lemán, cuidando á mi padre, con Clotilde y el doctor Samuel.

—Confieso que tu presencia me ha sobresaltado,—añadió Blanca, dejándose caer en una silla,—porque al verte entrar solo, temí que le hubiera sucedido alguna desgracia á mi hermano.

—Puedes tranquilizarte: Julio está bueno, y pronto tendrá la inmensa dicha de estrecharte contra su corazón.

—¡Gracias, Daniel, gracias por las palabras de consuelo que acabas de dirigirme, pues te confieso que al verte entrar solo, temí que hubiera sucedido alguna desgracia!

Y cambiando de entonación, añadió:

—¿Sabes que me admira tu regreso sin verte acompañado de tu familia?...

Daniel se sonrió tristemente, y agitando la cabeza, repitió:

—¡Mi familia! ¿la tengo yo por ventura, Blanca?

Daniel pronunció estas palabras de un modo tan doloroso, que Blanca se quedó mirándole.

—¡Que no tienes familia!—repuso Blanca.—¿No es Clotilde tu hermana? ¿no es el general Lostan tu padre?

—Sí, Clotilde es mi hermana, y tengo la seguridad que me ama con ternura verdaderamente fraternal. Ella es pura y generosa como tú, y sé que mi ausencia le habrá costado muchas lágrimas. En cuanto al general, ya es distinto; ese no me ama, Blanca.

—¿Qué es lo que dices, Daniel?

—La verdad, aunque me sea muy doloroso pronunciarla.

—¿Y no será esa sospecha hija de tu excesiva delicadeza?

—No.

—Perdona, Daniel, si no doy entero crédito á tus palabras.

—Yo también, como tú, he dudado durante algún tiempo.

—¿Puede un padre no querer á su hijo?

—Esa misma pregunta me he dirigido muchas veces, y al fin he podido contestarme sin ningún género de vacilaciones: sí.

—¡Pobre Daniell!... ¡debes haber sufrido mucho!—
añadió Blanca con triste acento.

—Convencido hasta la evidencia de que yo soy para el general Lostan un vivo remordimiento y una amenaza constante, estoy resuelto á ceder todos mis derechos en favor de Clotilde y pasar mis dias en el ignorado retiro donde murió mi madre. El recuerdo de aquella santa mujer, me dará fuerzas para llevar á cabo mi pensamiento.

—Pero lo que te propones es muy difícil, Daniel. Apenas cuentas veintidos años de edad, y la juventud no es muy á propósito para el retraimiento y el retiro.

—Estoy acostumbrado á ello.

—Considera tambien, que Clotilde no ha de consentirlo, que ella reconoce tus derechos, y te ama demasiado para ser indiferente al sacrificio que vas á imponerte.

—Pero tú, que tantas veces me has dado el dulce nombre de hermano; tú, que tienes sobre el corazon de Clotilde alguna influencia, me prestarás en esta ocasion un gran servicio; ¿no es verdad, Blanca?

—¡Oh! ¡yo haré todo lo que tú quieras; pero es preciso que tú hagas tambien algo de lo que yo deseo!

Blanca pronunció estas palabras con toda su alma. Sus hermosos ojos, humedecidos por las lágrimas, te-

nian una expresion de infinita ternura, y una sonrisa triste y melancólica, como el gemido de un moribundo, entreabria sus labios. Daniel fijó una mirada en el rostro encantador de aquella jóven, y despues de exhalar un profundo suspiro, añadió de este modo:—

—Escucha, Blanca: voy á hablarte en la seguridad de que tú comprenderás más que nadie el estado de mi espíritu. Hay seres que nacen para sufrir; la delicadeza de sus almas, la ternura de sus sentimientos, no pueden sobreponerse al grosero materialismo de esta sociedad corrompida. Mi madre, que educó mi alma con exquisita ternura, me hizo comprender que la felicidad no existe en la tierra sin amar y ser amado. Cuando allá en las orillas del lago Lemán supe el origen de mi nacimiento; cuando Clotilde, arrojándose en mis brazos, me dió el dulce nombre de hermano, yo experimenté dentro de mi sér algo desconocido, y una esperanza, risueña y poética como la luz de la alborada, brotó en el fondo de mi corazon. Mientras con mis besos enjugaba las lágrimas que brotaban de los ojos de Clotilde, me decia para mí: «He perdido á mi amada, pero encuentro á mi hermana; solo vivia en el mundo, y tengo una familia;» y esta idea me causó un gran consuelo.

Daniel se detuvo, respiró con fuerza, llevóse la mano á la frente, y volvió á decir:

—Mi primer error fué juzgar á los hombres por mí mismo. Yo no podia creer que un padre mirase con indiferencia á su hijo, y aunque tenia grandes motivos de queja con el general Lostan, amaba tanto á Clotil-

de, que sólo esperaba el momento de ver á mi padre para arrojarle en sus brazos y olvidarlo todo. Pero esto era solamente una ilusion, hija de mi inexperiencia. Llegó el momento deseado, y el general Lostan me recibió con una frialdad inexplicable. Comprendí entonces que yo era una planta exótica en aquella casa; un sér extraño, que iba á establecer la frialdad en el seno de la familia: yo era para el general y para la marquesa una amenaza, para Clotilde un peligro; para todos un escándalo. Si me hubiera dejado llevar por el egoismo, hubiera podido humillar la frente de los soberbios; mis derechos eran indiscutibles y sagrados; pude imponer condiciones como el vencedor, pero estas condiciones hubieran herido de muerte á Clotilde.

Y Daniel, cogiendo una de las manos de la hermosa jóven, que le escuchaba sin pronunciar una palabra y con los ojos llenos de lágrimas, añadió:

—Desde que mis labios aprendieron á pronunciar el nombre de mi madre, yo siempre he vivido en el seno de la modestia. Acostumbrado estoy á ella, y no ha de sèrme muy penoso el sacrificio que me impongo. Tú tal vez no comprendas muchas cosas de las que voy diciéndote; la virginidad de tu alma no sabe aún, afortunadamente, hasta dónde llega la perversidad de los hombres. Si algun dia sabes por qué cedo todos mis derechos á Clotilde, y abandonando el bullicio de la corte me decido á vivir en el ignorado rincon de mi pueblo, estoy seguro que tú, que eres buena y generosa, me bendecirás, diciendo: «Yo hubiera hecho lo mismo.»

Y como Blanca continuara guardando silencio, Daniel repuso de este modo:

—Es indudable que cuando Clotilde regrese á Madrid, que será muy en breve, pretenda disuadirme de mi propósito, y yo espero que tú la convenzas á ella á la vez á que viva tranquila, como antes de conocerme, en el palacio de la marquesa del Rádío.

—¡Ah! no, no; Clotilde no aceptará ese sacrificio: lo sé, Daniel, porque la conozco demasiado,—exclamó Blanca por fin, rompiendo su silencio.—¿Cómo es posible que ella se decida á vivir rodeada de fausto, de lujo, de ostentacion, mientras que tú, su hermano, á quien ama con toda su alma, carezcas tal vez de lo necesario en el humilde pueblo que te has señalado por destierro?

—Es preciso que así sea, y así será. No se trata aquí de las más ó ménos comodidades que yo pueda disfrutar, sino de la honra de Clotilde.

—No te comprendo.

—Ni yo puedo explicarme más. Créeme, Blanca, es preciso que le aconsejes que acepte mi sacrificio. Tal vez mañana ella misma te explique la causa de mi resolucion.

Blanca, que no comprendia el motivo del voluntario destierro de Daniel, dejándose llevar por un arranque de su alma, exclamó:

—¡Pero, ¡Dios mio! no es posible que tú nos abandones para siempre!

Aquella exclamacion acababa de venderla.

Daniel se estremeció, y comprendiendo que prolon-

gar aquella entrevista hubiera sido harto doloroso para los dos, ya se disponia á despedirse de Blanca, cuando oyó que llamaban á la puerta.

—¡Es mi madre!—dijo la jóven, corriendo á abrir ella misma.

Poco despues entraba precipitadamente en el gabinete doña Amparo, diciendo con acento conmovido:

—¿Dónde está? ¿dónde está?

Daniel abrazó á la madre de su amigo Julio, y doña Amparo le dió un beso en la frente, preguntándole al mismo tiempo:

—Pero ¿y mi hijo?

—Dentro de muy pocos dias le tendrá usted á su lado. Se halla bueno, y se dispone á regresar á España en compañía del general y de Clotilde.

—¡Tengo tantas ganas de verle! A una madre le hacen tanta falta los hijos, que creo que ha trascurrido un siglo desde el dia que se marchó.

A estas palabras siguieron algunas lágrimas; pero doña Amparo, enjugándose los ojos y haciendo un esfuerzo para serenarse, añadió:

—Supongo, Daniel, que comerás con nosotros.

—Es imposible, señora; parto esta misma noche.

—¡Esta misma noche! ¿Pues adónde vas?

—A mi pueblo.

—¿A Horche?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer en aquel lugaron?

—Reclaman mi presencia algunos asuntos de familia.

—Pero yo creo que lo mismo será que te vayas mañana.

—No; tengo precision de partir esta noche. Yo ruego á usted me dispense si no puedo acceder á sus deseos; pero no tardaremos mucho en vernos, y entonces aceptaré sus ofrecimientos.

—En fin, como quieras; pero tanto Blanca como yo, hubiéramos tenido mucho gusto en que te quedaras á comer con nosotras.

Daniel volvió á excusarse. Acababa de cumplir una dolorosa comision: ver á Blanca y hablarle de su hermano; ver á Blanca tan hermosa, tan pura, tan sencilla; saber que era amado de ella, y sin embargo, no poderla decir: «¡Yo te amo tambien!»

Y era que en el corazon de Daniel no podia caber por entonces otro amor que el de Clotilde, y su alma era tan noble, tan elevada, que hubiera preferido cien veces la muerte antes de engañar con promesas fingidas á aquel ángel de bondad, á quien llamaba por simpatía su hermana.

Daniel se despidió de la familia de Julio, bajando precipitadamente la escalera; cuando llegó á la calle respiró con fuerza, como si hiciera falta á sus pulmones el aire puro.

CAPÍTULO VII

Otra vez en Horche

El viejo Tomás, hortelano y criado antiguo de la infortunada Angela Cantero, madre de Daniel, á pesar de sus sesenta y cuatro años, era en él tan inveterada la costumbre de madrugar y trabajar, que apenas asomaban los primeros rayos de la aurora por el Oriente, abandonaba su lecho y se dirigia á la huerta con el azadon al hombro.

Mónica, antigua criada de la casa, tan vieja como Tomás, y habituada tambien al trabajo, desde la muerte de su buena señora y la ausencia de su querido señorito, la pobre vieja se aburría, porque todas sus ocupaciones se reducian á guisar las patatas y las judías, cotidiano alimento del viejo hortelano y de ella.

Muchas veces Mónica solía exclamar:

—En esta casa ha concluido la alegría. Como el señorito no disponga pronto de nosotros, creo que va-

mos á morirnos de tristeza. Yo no sé cómo algunos pueden vivir en el mundo sin hacer nada. El señor Tomás, al ménos pasa el día en la huerta entretenido entre las coles, las lechugas y las cebollas; pero yo, exceptuando las horas que me dedico á rezar por el eterno descanso de mi ama y por la prosperidad de mi señorito, despues no sé qué hacerme.

Esta holganza forzosa agriaba soberanamente el carácter de aquella mujer, acostumbrada toda la vida al trabajo.

El señor Tomás, que era más alegre, solia decirle:

—Pues bien, Mónica; coja usted un azadon, y ayúdeme á enterrar la escarola para que blanquee.

Pero la verdad del caso es, que aquellos dos pobres viejos veian pasar los dias y los dias, y las semanas y las semanas, viviendo del producto de la modesta huerta y esperando el regreso de su señorito, que sólo les habia escrito dos veces para mandarles algun dinero, conociendo los pocos recursos que les habia dejado al partir.

Pero Mónica y Tomás eran tan honrados, amaban tanto aquella casa que llamaban suya, que á pesar de la libertad que les habia dejado Daniel, ellos no se habian permitido nunca ni el más pequeño despilfarro, viviendo con unas economías verdaderamente maravillosas.

Una mañana, la señora Mónica se hallaba arrodillada junto al hogar echando un polvito de sal al guiso de patatas, cuando oyó una voz alegre y vibrante que decia detrás de ella:

—Señora Mónica, ¡carta de Madrid!

—¡Bendito sea Dios! ¿Será de Daniel?

Y Mónica se levantó tan precipitadamente, que puso en grave peligro el equilibrio del puchero de patatas que cocía á la lumbre.

Cogió la carta, rebuscó por todos los rincones de sus bolsillos hasta encontrar dos ochavos morunos, los entregó al cartero, y luego fué á buscar sus antiparras, que se hallaban dentro de una taza en el vasar, sitio predilecto de donde sólo salían en los casos graves, es decir, cuando Mónica tenía que leer, porque Mónica sabía leer, aunque bastante mal.

Pareciéndole la cocina un sitio demasiado oscuro para el estado de su vista, con las gafas y la carta se dirigió á la puerta de la huerta, y allí, á la luz del sol, que es la más clara que se conoce, sentada en un rústico banco de madera; colocóse las gafas sobre la nariz, rompió el sobre de la carta, y con tantas penas como fatigas, leyó lo siguiente:

«Querida Mónica: díle á mi buen Tomás, que mañana á las nueve y media se halle en la estacion de Guadalajara con el caballejo de la noria, si es que aún vive el pobre animal; y si ha muerto, lo que sentiria mucho, aunque no sea más que por los malos ratos que le he dado en esta vida, que me busque una caballería cualquiera que pueda llevarme desde Guadalajara á Horche, en donde mañana mismo tendré el gusto de abrazaros, pues voy á pasar con vosotros una temporada.

»Vuestro siempre,

»DANIEL.»

Mónica estuvo á punto de desmayarse de alegría.

Daniel regresaba al pueblo, iba á vivir con ellos, iba á tenerle á su lado, y esto para aquella anciana era la mayor de las felicidades, porque nada hay tan sublime, tan admirable, como el amor que los criados antiguos en una casa sienten por el hijo de sus amos, que han visto nacer, que han adormecido sobre sus rodillas y que han sufrido con resignacion todas sus impertinencias.

La pobre Mónica, que no habia disfrutado nunca las delicias de Himeneo, que habia visto nacer á Daniel y que le amaba como á un hijo, hubiera llenado todos los deseos de su alma dando la vida por su señorito.

Al terminar la lectura de la carta comenzó á dar unos gritos tan estemporáneos, que el viejo Tomás, que se hallaba cavando al extremo de la huerta, levantó la cabeza, y apoyada la mano izquierda en el azadon, se puso la derecha sobre la frente en forma de pantalla para ver mejor, y se dijo para sí mismo:

—¿Qué víbora le habrá picado á la buena Mónica?

Mónica, mientras tanto, continuaba exhalando gritos y llorando como una Magdalena. Su pecho tenia necesidad de aquella expansion para no romperse. Iba á ver á Daniel, iba á tener á su lado á lo que más amaba en el mundo.

El viejo Tomás era un buen hombre, y al ver que continuaban las lamentaciones y los movimientos de brazos de la señora Mónica, temió que á la pobre vieja la hubiera acometido la enfermedad del baile de San Víctor, y se dirigió hácia ella con precipitados pasos.

—¡Señor Tomás, señor Tomás!—gritó Mónica;— ¡qué alegría tan grande! ¡si parece que se me quiere salir el corazon del pecho! ¡qué bueno es Dios! ¡qué buena es la Virgen María!

—¿Pero qué pasa, señora Mónica? ¿Se ha vuelto usted loca? ¿Le ha picado á usted la tarántula?

—¡Sí loca, sí tarántula! ¡buenas y gordas! Estoy mejor que nunca, porque va á venir...

—¿Pero quién?—preguntó Tomás.

—¡Porque llega mañana!

—¿Pero quién?—repitió el hortelano.

—¡Porque tiene usted que ir á Guadalajara con el caballo de la noria!

—¿Pero, señora, quiere usted decirme, por los mártires de Zaragoza, quién llega mañana?

—¡Pero, hombre, quién ha de ser! El señorito Daniel, nuestro señorito Daniel.

Este nombre, repetido dos veces, produjo un efecto mágico á Tomás; se le cayó el azadon de las manos, abrió los ojos, dilatándolos hasta tomar el tamaño de dos medios duros, luego la boca, retrocedió un paso, y dijo:

—¡Ah! vamos, ya comprendo. ¿Conque viene el señorito Daniel? ¿conque por fin se acuerda de nosotros?

Y Tomás se puso tan alegre como Mónica, y estuvo á punto de dar un viva; pero como no habia tenido tiempo de afiliarse aún á ningun partido político, despues de vacilar un momento entre aclamar al rey ó la república, acabó por decir un ¡gracias á Dios! nacido de lo más profundo del corazon.

Desde este momento, en aquella casa sólo se pensó en el señorito Daniel.

Tomás se dedicó á arreglar los aparejos del caballo, que se hallaban lastimosamente abandonados, y á limpiar al pobre animal, que no habia tenido relaciones íntimas con la almohaza durante tres meses.

En cuanto á Mónica, barrió, limpió, sacudió la habitacion de Daniel, hizo la cama, mudó los visillos de los cristales de la alcoba, perfumando la sala y disponiéndolo todo como si se tratara de recibir á una novia.

Estas operaciones les ocuparon cuatro horas, y cuando la pobre Mónica se dirigió á la cocina fatigada y cansada, se encontró que se habia concluido el caldo de las patatas y se habian quemado.

Este contratiempo dejó sin comer á los pobres viejos, que se contentaron con un poco de ensalada, otro poco de pan y algunos rábanos.

Pero ¿qué era para ellos un dia de vigilia, de abstinencia, ante la inmensa felicidad de ver á su lado á su querido Daniel, á aquel niño alegre y revoltoso hecho hombre, que era para ellos tan necesario como el aire que daba vida á sus pulmones, como el sol que calentaba sus viejos cuerpos?

Además, ni Mónica ni Tomás conocian la inmensa y sibarítica nomenclatura de la cocina francesa. Ellos no habian comido nunca en casa de Fornos, ni habian probado jamás la carne de tortuga ni las trufas.

Comian para no morirse; no vivian para comer. ¿Qué les importaba, pues, un plato de patatas más ó ménos?

Mónica, sin embargo, quiso reparar este descuido, y condimentó unas judías estofadas, un tanto cargadas de pimenton y con dos soberanas cabezas de ajo.

Cenaron, pues, si no con el lujo, con el apetito de Lúculo, y despues de encomendarse á Dios, cada cual se retiró á su modesto dormitorio á reponer un tanto las fuerzas y á esperar el nuevo día, que debia ser para ellos uno de los más felices de su vida.

A la una de la noche, Tomás abandonó su lecho; encendió un candil, y se dirigió á la cuadra.

Era preciso darle un buen pienso al caballo para que tuviera fuerza y soportara con valor la jornada, llevando sobre sus hombros al señorito Daniel.

A las tres de la mañana, Mónica se habia levantado tambien, y abriendo la puerta para que saliera el señor Tomás con el caballo, le dijo:

—¡Por la Virgen María, señor Tomás, que no llegue usted tarde!

—Pierda usted cuidado, señora; estaré en la estacion dos horas antes de la llegada del tren.

—Oiga usted; que mire usted con cuidado á todos los que bajen del tren, no sea cosa que no se vean ustedes y tenga que venir á pié.

—¡Calle usted por Dios, señora! ¡ni que fuera yo tan ciego como la mujer del sacristan!

—Y en cuanto usted le vea, le llama.

—Sí, sí, ¡ya sé yo lo que he de hacer!—contestó Tomás, rodeándose las bridas del cabello en el brazo derecho y dirigiéndose hácia el camino.

—¿Va usted á ir á pié todo el camino?

—No, señora. Subiré cuando salga á la carretera de Zaragoza.

—Sí, sí, suba usted, porque si no, no va usted á llegar en todo el día.

—¡Bah! hasta la vuelta.

—Buen viaje, señor Tomás.

Mónica entró en la casa y cerró la puerta, mientras Tomás perdíase en las sombras de la noche.

CAPÍTULO VIII

La primera visita

Tomás llegó á la estacion de Guadalajara cuando comenzaba á amanecer: tenia, por consiguiente, que esperar tres horas.

Los temores de Mónica de que llegase tarde, no se realizaron.

Tomás ató el caballo á una de las empalizadas del ferro-carril, y se dispuso á esperar.

Tres emociones experimentó, que hicieron latir su corazon: la llegada del tren correo de Zaragoza, la de otro de mercancías y la de una máquina piloto.

Siempre que oía el silbato de la locomotora, exclamaba lleno de gozo:

—¡Ahí está!

Pero no tardaba mucho en convencerse de que se habia engañado, y revistiéndose de paciencia, volvía á emprender sus paseos por delante de la puerta de salida de la estacion, sin perder de vista su caballo.

Tomás estaba cansado; pero temió sentarse y quedarse dormido.

Hizo, pues, todo cuanto un hombre puede hacer en sus circunstancias para matar el tiempo, que es bien poco por cierto, hasta que al fin quiso su buena suerte que oyese por cuarta vez la locomotora; se detuvo un tren de pasajeros, y vió saltar con gran regocijo de un coche á su señorito Daniel.

—Aquí estoy, aquí estoy,—le gritó desde la verja.

Daniel fué al encuentro de su antiguo criado.

—¡Ah! mi buen Tomás,—le dijo;—¡qué ganas tenía de verte!

—Pues yo, señorito...—contestó el viejo sin poder contener las lágrimas.

—¿Cómo está Mónica?

—Buena y campechana, gracias á Dios.

—Mira, toma el talon para sacar mi equipaje.

—Bien, señorito.

—Vienen tres bultos; es decir, dos maletas y una sombrerera de cuero; y busca una caballería ó un carro que vaya á Horche, y lo traes.

—Se hará como usted desea, señorito.

—¿Supongo que habrás traído el caballo?

—Está esperando desde el alba.

—Entonces adios, Tomás, y hasta luego.

—Pues qué, ¿se va usted solo?

—Sí, hombre; ¿temes que no sepa el camino?

—¡Es verdad!—contestó riéndose Tomás.

Algunos minutos despues, Daniel, montado en su

modesta caballería, se encaminaba tomando el atajo hácia Horche.

A manera que iba acercándose al pueblo en donde habia pasado su infancia y muerto su madre, Daniel parecía más profundamente triste.

De vez en cuando, apoyándose en los estribos, dirigia una mirada hácia delante, ansioso sin duda de ver el campanario de su pueblo.

Cuando despues de haber vivido en las grandes ciudades, pisando las ricas alfombras de los palacios y haciendo esa vida de los ricos que mata el corazón y envejece el cuerpo antes de tiempo, se regresa á la aldea donde hemos pasado las dulces y tranquilas horas de la infancia al lado de una madre solícita y cariñosa, se siente un inmenso consuelo en el alma, y dulces lágrimas asoman á los ojos.

Daniel, al divisar la torre de la iglesia, al ver los pardos y desiguales tejados con sus blancas chimeneas, y allá á lo lejos cerrado el horizonte por las montañas, exhaló un suspiro y murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡si mi madre viviera!... ¡sólo ella sabria consolarme... sólo ella devolveria la paz á mi espíritu!... pero cumplió la mision de todo sér que nace... ¡bajó á la fosa! ¡ya no volveré á verla más! ¡Pobre madre mia!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Daniel, que con la frente inclinada sobre el pecho, continuó su camino, sin impacientar el paso de su viejo caballo.

Cuando llegó á la cruz de piedra situada á quinientos metros del pueblo se detuvo, y quitándose el som-

brero, saludó al sagrado símbolo que inmortalizó Jesús en la cumbre del Gólgota.

Allí se habia despedido al partir para Madrid de sus amigos. La cruz solitaria permanecia en el mismo sitio, con los brazos extendidos, como esperando á los pecadores que quisieran acogerse á ella; pero ¿qué se habian hecho sus ilusiones, sus esperanzas? ¿Habian huido como el humo, se habian desvanecido como un sueño!

Después de un momento de detencion, continuó su camino, llegando poco después á la entrada del pueblo.

Pero Daniel caminaba tan abstraído, que no vió á la buena Mónica, que sentada sobre una piedra en una era, le estaba esperando.

Un grito de gozo de aquella leal criada, hizo comprender á Daniel que alguno le habia reconocido.

Entonces dirigió la vista hácia el sitio donde habia oído la exclamacion acompañada de su nombre, y vió á Mónica.

Bajó del caballo precipitadamente, y corrió á abrazar á la criada, que le recibió llena de júbilo entre sus brazos.

En cuanto al caballo, al ver que le dejaban solo, como hacia muchas horas que no habia probado bocado, se dirigió pacíficamente hácia la cuadra, atraído sin duda por el olorcillo del pienso.

Bien es verdad, que el caballo de Daniel sabia de memoria el pueblo y sus alrededores.

—¡Bendito sea Dios!...—exclamó Mónica,—¡que me deja que te abrace antes de morir!...

—Querida Mónica, yo también tenía muchas ganas de verte, y prueba de que no te he olvidado, es que te traigo un regalo á tí y otro á Tomás.

—¿Conque te has acordado de mí, Daniel?—preguntó Mónica, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, y con una infinita expresión de ternura.

—Puedo asegurarte, querida Mónica, que te he echado de menos en todas partes; ¡tenía tanta costumbre de verte!

—Yo te agradezco que me digas todas esas cosas, porque me haces mucho bien; pero vamos á casa; te he preparado un almuerzo, te he hecho aquellos huevos rellenos que te gustaban tanto, y una perdiz escabechada, que huele á gloria.

—Eres siempre buena y cariñosa. ¡Ah! ¡qué bien decía mi madre! ama á Mónica como amabas á tu abuela, y no te separes nunca de su lado.

—¿Y piensas cumplir ese encargo de tu madre, Daniel?

—Pienso permanecer mucho tiempo en el pueblo.

—¿Y si te vas algún día?

—¡Entonces te llevaré conmigo! Yo te lo prometo.

—¡Bendito seas! Pero vamos á casa...

Y entonces Mónica, echando de menos el caballo, dijo:

—Calla, el pícaro *Gilito* (este era el nombre del penco) nos ha abandonado.

—Se habrá ido á casa en busca del pienso,—añadió Gabriel.

—Pues vamos nosotros por el almuerzo.

—Antes, querida Mónica, deseo hacer una visita, á la que espero que no te opongas.

—De ninguna manera; pero no tardes, pues te estaré esperando con la mesa puesta.

—Hasta dentro de pocos minutos.

—Anda con Dios, hijo mío; pero no olvides que te estoy esperando.

Mónica se dirigió hacia la casa; Daniel, sin entrar en el pueblo, encaminóse por los arrabales hacia un grupo de árboles que se divisaba no muy lejos.

Era el campo santo: la casa de los muertos.

—Preparado un almuerzo, te he hecho apañar algunos platos. Llévalos que te gustaban tanto. Y una perdiz escabechada, que huele á gloria.

—Eres siempre bueno y cariñoso. ¡Ah! ¿qué bien decías mi madre á Mónica como amantísima á tu madre. Y no te separas nunca de su lado.

—Y pienso cumplir ese encargo de tu madre, Daniel.

—Pienso permanecer mucho tiempo en el pueblo.

—¿Y si te vas algún día?

—Entonces te llevaré conmigo! Yo te lo prometo.

—¡Bastito esas! Pero vamos á casa...
Y entonces Mónica, echando de menos el caballo, dijo:

—¡Calla, el pizarro Gwilo (este era el nombre del pence) nos ha abandonado.

—Se habrá ido á casa en busca del pence, —añadió Gabriel.

—Pues vamos nosotros por el almuerzo.

CAPÍTULO IX

Al pie de la tumba

La puerta del cementerio estaba abierta.

Daniel penetró en el silencioso recinto de la muerte con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El día estaba radiante, hermoso. El cielo, sin una nube, ostentaba su limpio azul convidando á contemplarle.

Hacia el extremo del primer patio del cementerio se veían dos cedros de odora, prestando su sombra á una lápida de mármol negro, sobre la cual se veía escrito en letras de oro este nombre: «Angela.»

Daniel llegó junto aquel sepulcro modesto, y cayó de rodillas.

Debajo del frío mármol descansaban las cenizas de su madre, de aquella santa mujer que le había dado la vida y le había enviado el último suspiro.

De aquel cuerpo amado, que había perfeccionado su alma con el ejemplo, sólo le separaba una losa de

mármol y un puñado de tierra, y sin embargo, esto era la eternidad, lo imposible, lo desconocido.

—¡Madre mia!...—dijo Daniel con acento conmovido, como si Angela pudiera oírle.—¡Ya lo ves!... ¡tu hijo no te olvida, y al regresar al pueblo, es para tí su primera visita. Para tí, la mejor de las madres, á quien no he olvidado nunca, á quien no podré olvidar jamás! Porque ¡cómo puede olvidar un hijo á una madre como tú, sin ser el hombre más infame de la tierra!...

Las lágrimas corrían en abundancia por las mejillas de Daniel, y hondos gemidos se escapaban de su pecho.

Guardó silencio por algunos segundos, y luego volvió á decir:

—Tú bajaste á la fosa creyendo en la buena fe de tus verdugos. Tus últimas palabras fueron para perdonarles todo el daño que te habían hecho. Y ellos, no conociendo el inmenso sacrificio de tu maternal corazón, supieron tu muerte sin derramar ni una lágrima á tu memoria. ¡Descansa en paz, madre mia!... Tu santa abnegación te ha abierto las puertas del paraíso, y tu alma, tan pura como hermosa, sentada se halla en el Paraíso en sitio preferente. Tus dolores, tus sufrimientos, serán el castigo de los culpables. Yo, como tú, puedo hundirlos, y les salvo. Yo, como tú, puedo arrancarles la hipócrita máscara con que se encubren á los ojos de la sociedad, y les perdono.

Por segunda vez suspendió Daniel su monólogo.

Las lágrimas le ahogaban.

En este momento el enterrador, que salía de su ca-

sa con el azadon al hombro, pues tenia que abrir una sepultura, vió á un hombre arrodillado junto á los cedros de odora, y no reconociéndole al pronto, se acercó hácia él.

—¿Qué hace usted ahí, buen amigo?—le dijo.

Daniel levantó la cabeza disgustado de que le interrumpiera aquel importuno, y contestó:

—Ya lo ve usted... estoy rezando junto á los restos de mi querida madre.

Entonces le reconoció el sepulturero; pero como Daniel habia vuelto á inclinar la frente sobre el pecho, no se atrevió á dirigirle la palabra, y continuó su camino, diciéndose para sí:

—Es Daniel, el hijo de doña Angela: debe haber hecho fortuna, pues gasta una ropa muy buena.

Y calculando que la llegada de Daniel era un acontecimiento del que debia dar parte al cura, salió del cementerio y se dirigió á buen paso á casa del párroco.

—Padre Macario,—le dijo:—¿á que no adivina su merced á quién he visto en el cementerio?

El padre Macario, que estaba leyendo en su libro de oraciones, se encogió de hombros y contestó:

—¡Quién es capaz de adivinar!... pero dímelo tú, y lo sabré yo.

—Tambien eso es verdad, y va por descubierto; pues al que he visto rezando junto al sepulcro de doña Angela, es á su hijo Daniel.

—¡Imposible!... Me dijo ayer la señora Mónica que Daniel se hallaba en Suiza, una tierra que está muy lejos de España.

—Todo eso será verdad, pero cierto es como que yo me he de morir y se ha de morir su merced, que yo le he visto en el cementerio.

El padre Macario era uno de esos curas que tienen más bondad en el corazón que inteligencia en el cerebro. Clase que abunda mucho, y que da por resultado en España un clero poco ilustrado.

Sabido es que estos buenos sacerdotes suelen tener algo de San Vicente de Paul y muy poco de lo que sobraba á Salomon.

—Hombre, si tú estuvieras cierto de que el que has visto en el cementerio era Daniel, iría á verle.

—Pues lo estoy,—contestó con fuerza el enterrador.

—En fin, iré, porque á la verdad que ya tengo ganas de verle; pero cuenta con que si me engañas, si es una torpeza de tus ojos, y me haces salir de casa sin motivo...

El cura, no encontrando con facilidad el castigo que deseaba imponer al sepulturero en el caso de no ser cierto lo que decia, se contentó con unos puntos suspensivos, que sin decir nada, creia él que decian mucho.

Se puso el manteo y el sombrero de teja, y salió de su casa acompañado del sepulturero.

Cuando llegaron á la puerta del cementerio, el enterrador, apenas habrian entrado en el primer patio, dirigió una mirada hácia el sitio donde se hallaba la sepultura de Angela, y viendo á Daniel, que aún permanecía arrodillado, dijo:

—Allí le tiene su merced.

—Bien, véte á tu trabajo.

El padre Macario se dirigió hácia donde estaba Daniel.

Cuando llegó á tres pasos de distancia, se detuvo, se quitó el sombrero y se puso á rezar en voz baja.

Era tal la abstraccion del jóven, que el sacerdote hubiera creído un sacrilegio interrumpirle.

Inmóviles los dos y los dos rezando, trascurrieron quince minutos.

Por fin, Daniel levantó la cabeza, y en voz alta dijo:

—He cumplido como bueno, derramando amargas lágrimas sobre tu sepulcro. No me olvides desde el cielo, madre mia, y ruega á Dios que me dé fuerzas para soportar las penalidades de la vida.

Daniel se levantó, á cuyo tiempo el sacerdote dió algunos pasos y le dijo:

—Bien venido seas, hijo mio: el que honra la memoria de sus padres, abierto tiene el camino del cielo.

Daniel abrazó al padre Macario, y dejando caer la frente sobre el pecho del sacerdote, prorumpió en un amargo llanto.

El sacerdote puso una mano sobre la cabeza de Daniel, y le dejó llorar.

El llanto es un consuelo... Dichosos de los que lloran, porque es que hay algo noble y hermoso en sus almas: el sentimiento, la ternura.

.
.

Algunos minutos despues, Daniel y el sacerdote salian de la mansion de los muertos.

El padre Macario, aunque no era un gran orador, dirigia palabras de consuelo y de resignacion al jóven.

Daniel le oia sin desplegar los labios.

Cuando llegaron delante de la puerta de la casa de Daniel, se detuvieron.

—No olvides, hijo mio, que Dios, eterno remedador de todos los males, ha puesto en el corazon de la criatura la fuente del olvido, para que pueda soportar las penalidades de la vida. Resignacion y calma es lo que te pide; Dios lo ha dispuesto así.

Daniel besó la mano del sacerdote, y entró en su casa.

El padre Macario se dirigió hácia la plaza á hacerle la media hora de tertulia al boticario, como tenia por costumbre todos los dias.

CAPÍTULO X

Los recuerdos de la infancia

Daniel encontró la mesa puesta, con los manteles limpios y el pan tierno, amasado aquella mañana por Mónica; porque según la buena mujer había dicho á los vecinos, quería obsequiar *á su ojito derecho*.

La emoción que había experimentado junto á la tumba de su madre, le quitaba el apetito; pero Daniel, haciendo un esfuerzo, se sentó en la silla que le tenía preparada Mónica, y sonriéndose, dijo:

—¡Ah! ¡cuántas veces he echado de ménos en mis viajes este modesto hogar, esta mesa y tus buenos deseos en complacerme, querida Mónica; pero me hallo tan conmovido al verme en mi casa, que no tengo ganas de probar bocado!

—¡Bah! comiendo viene la gana, hijo mío; porque los manjares que te he dispuesto abren el apetito.

Daniel comprendió que causaría un gran disgusto á

Mónica no comiendo, y se decidió á hacer honor á la cocinera, aunque le causaba alguna violencia.

Si posible nos fuera preguntar uno por uno á todos esos hombres que desde una cuna humilde se han elevado á grandes alturas, todos ellos estarían conformes en que no se olvida nunca el hogar que les sirvió de albergue en la infancia, por pobre que sea; y esto sucede con más frecuencia en aquellos que nacieron en un pueblo de corto vecindario, porque en las grandes ciudades se muda con frecuencia de domicilio, y por consiguiente, se tiene poco cariño á las paredes de la casa.

La niñez tiene generalmente la imaginación de cera, y se imprimen en ella con facilidad los acontecimientos.

Los encantadores detalles de la infancia no se olvidan nunca, porque todos ellos están llenos de poesía.

Volver al pueblo donde nacimos después de treinta años de ausencia, y volver rico y con una posición social, produce un placer tan grande, que embarga el alma.

¡Cuántos hombres ilustres disfrutaron de esta dicha, y fueron la providencia de sus pueblos, por cuyas calles corrieron descansos, como Murillo; pidieron un pedazo de pan, como Colón para matar el hambre, ó soñaron en la gloria como Franklin!...

Si quisiéramos nombrarlos, llenaríamos muchas páginas con solo hacer un catálogo de sus nombres.

Y luego, ¿puede olvidarse nunca el recuerdo de una madre? Porque no es posible que exista una madre que

no nos haya hecho en la niñez alguna golosina, que formó nuestras delicias, y cuyo grato sabor no se disipa nunca de nuestro paladar.

En vano, cuando se llega á hombre, cuando la fortuna nos eleva y se pasa de la cabaña al palacio, de la miseria á la opulencia, convirtiendo en un festin cada comida, apurando los placeres de la gula, viendo la mesa cubierta de los interminables manjares de la cocina francesa, se pretende olvidar. Siempre salta á nuestra memoria tal ó cual plato que condimentaba nuestra madre, muy superior á todos aquellos platos que humean ante nuestros ojos.

No hace muchos días, nos hallábamos en el despacho de un general grande de España y millonario, esperando la hora de la comida y hablando de política, que es el vicio de todos los españoles, cuando entró el jefe de la cocina con una lista de los platos que iban á servirnos.

El general fijó con desden una mirada en aquel tratado sublime del arte culinario, y haciendo un gesto propio del hombre que sabe comer, lo que es muy raro en el mundo, dijo:

—Bien, monsieur R... creo que comeremos bien, y que mis amigos llamarán al autor al final; pero mi buena y pobre madre, que no conocia la nomenclatura de la cocina francesa, que jamás comió sopa de rabo de buey, ni trufas, ni cabeza de tortuga, ni tomó helados entre la comida, me hacia todas las semanas, una vez lo ménos, un guisado de lentejas, tan casero, tan sustancioso, tan perfectamente bien condimentado, que

cuando lo colocaba sobre los blancos manteles en la misma cazuela donde lo guisaba, mis hermanos y yo bailábamos de gusto. ¡Ah! ¡si usted supiera hacer el guisado con lentejas de mi madre, yo le daría á usted cuatro mil reales de sueldo!

Y el general, exhalando un suspiro, añadió:

—Pero mi madre ha muerto, y se llevó la receta del guisado al otro mundo; nadie lo hará como ella.

¡Ah! ¡qué hermoso es tener madre!...

¡Quién nos cuida como ella! ¡Pobres mártires del hogar!... que sólo piden en pago á todos sus grandes y sublimes sacrificios, un poco de ternura, una sonrisa al levantarnos, y un beso al darles las buenas noches.

Daniel, al verse en su casa de Horche sentado junto á la misma mesa que tantas veces bendijo su querida madre al comenzar la comida, no pudo contener las lágrimas.

Mónica lloraba también, pero al mismo tiempo procuraba tranquilizarle, temerosa de que los recuerdos tristes le quitaran el apetito.

Durante la comida no se habló de otra cosa que de Angela.

Aquella misma tarde fueron á ver y abrazar á Daniel algunos amigos de la niñez, y hablaron mucho de sus viajes y de sus recuerdos de la infancia.

Llegó la noche; esas horas de silencio y de meditación tan amigas de las almas tristes.

Daniel se encerró en la habitación donde había muerto su madre, pues en ella quería vivir para tener más presente su recuerdo.

GRATIA

LAS FAMILIAS DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

LA VIDA DE LOS PADRES

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

LA VIDA DE LOS PADRES

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

LA VIDA DE LOS PADRES

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

LA VIDA DE LOS PADRES

Y LOS FAMILIARES DE ESPOSO

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPPO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.